

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2025. nº 25. Texto 20: 311-324

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://10.17561/rae.v25.9290>

Recibido: 05-11-2024 Admitido: 15-04-2025

Masculinidad carnívora. Valores en la alimentación contemporánea

Carnivorous masculinity. Values in contemporary food

Bernardo NOVAS PARDEIRO

UNED (España)

bernardnp@yahoo.es

Resumen

El presente artículo examina la relación entre el consumo de carne y la construcción de la masculinidad en sociedades contemporáneas, desde una perspectiva teórica, complementada con observaciones de campo y metodológicamente situada. El análisis identifica cómo la carne funciona como un signo cultural cargado de significados asociados al poder, la dominación y la jerarquía. Se analizan tanto las formas hegemónicas de masculinidad como aquellas emergentes que promueven valores de cuidado, sostenibilidad y ética alimentaria. El texto incorpora un enfoque interseccional que contempla las dimensiones de clase, género y etnicidad, así como las tensiones y resistencias que emergen ante la transformación de los modelos alimentarios tradicionales.

Abstract

This article examines the relationship between meat consumption and the construction of masculinity in contemporary societies, through a theoretical perspective complemented by contextually grounded field observations. The analysis identifies how meat operates as a cultural signifier, loaded with meanings related to power, domination, and hierarchy. The study addresses both hegemonic forms of masculinity and emerging alternatives that promote values of care, sustainability, and ethical eating. An intersectional approach is adopted, incorporating class, gender, and ethnicity, as well as the tensions and cultural resistances that surface in the face of shifting food paradigms.

Palabras Clave

Masculinidad. Carne. Género. Cultura alimentaria. Sostenibilidad
Masculinity. Meat. Gender. Food culture. Sustainability

Introducción

La alimentación, como práctica social y cultural, ha estado históricamente vinculada a la construcción de identidades. Entre los muchos alimentos que portan significados simbólicos, la carne ha ocupado un lugar destacado, especialmente en lo relativo al género. En diferentes contextos culturales, el consumo de carne ha sido asociado a valores tradicionalmente masculinos como la fuerza, el dominio y la autosuficiencia (Gilmore, 1994; Fischler, 1995). Esta relación se mantiene viva tanto en el imaginario colectivo como en prácticas cotidianas y discursos mediáticos.

En las últimas décadas, el vínculo entre carne y masculinidad ha comenzado a ser cuestionado desde distintas corrientes críticas, como el feminismo, el ecologismo y los estudios sobre nuevas masculinidades. Estos enfoques han abierto un campo de debate en torno a las formas en que los hábitos alimentarios reproducen o desafían las normas de género, especialmente aquellas que asocian la virilidad con el consumo de productos de origen animal.

En este contexto, surge la pregunta central que guía esta investigación: ¿cómo se articula la relación entre el consumo de carne y la construcción de la masculinidad en los discursos y prácticas contemporáneos? A partir de este interrogante, el estudio se propone reconocer y analizar las conexiones simbólicas y narrativas entre la carne y las distintas formas de masculinidad, así como los discursos críticos que las tensionan. El análisis se detiene en aspectos como la persistencia del vínculo entre carne y género en diversos contextos sociales, la emergencia de formas alternativas de "ser hombre" asociadas a dietas éticas o sostenibles, y la influencia de variables como la clase social, la etnicidad o la educación en la reproducción o transformación de estos imaginarios.

Masculinidad ortodoxa: Relación y tradición entre género y carne

Se habla de masculinidad ortodoxa refiriéndose a un conjunto de valores, normas y comportamientos que han definido históricamente, lo masculino como un ideal hegemónico asociado a la fuerza, la dominación y el poder (Téllez y Verdú, 2011). Estos patrones de masculinidad se han reproducido en los diferentes contextos socioculturales influyendo en todas las dimensiones de la vida cotidiana, entre ellas, la alimentación. En este sentido el consumo de carne ha sido considerado, no solo una práctica alimentaria, sino también un símbolo de virilidad, estatus y autoridad (Gilmore, 1994).

Desde una perspectiva antropológica, la alimentación es un sistema de significados que refuerza estructuras de poder y relaciones de género (Fischler, 1995). Gilmore (1994) argumenta que, en muchas culturas, la masculinidad se construye bajo un esquema de "virilidad bajo presión", en el que los hombres deben demostrar constantemente su hombría a través de conductas que enfatizan la fuerza, el coraje y la capacidad de proveer. Dentro de este marco, la carne se ha consolidado como un alimento central en la dieta masculina, en contraposición a los vegetales, que históricamente han sido asociados con la feminidad y la fragilidad (Gamber y Linné, 2018).

Gutmann en *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad*, señala que la masculinidad no es un concepto fijo, sino que se negocia y se reproduce en diferentes espacios sociales (Gutmann, 1998). Sin embargo, en muchos casos, esta construcción sigue respondiendo a modelos tradicionales que privilegian la agresividad, la autosuficiencia y el dominio sobre otros, incluidos los animales. Gutmann subraya que, en distintos contextos culturales, la masculinidad ortodoxa se refuerza mediante prácticas que la distinguen de lo "femenino", lo cual se refleja en la alimentación. Comer carne, especialmente en su forma más "primitiva" como asados o barbacoas, se ha convertido en un acto de reafirmación masculina, mientras que optar por dietas vegetarianas o veganas a menudo se asocia con una pérdida simbólica de la virilidad (Love y Sulikowski, 2018).

Jociles (2001) aporta una visión crítica sobre la evolución de las masculinidades, destacando que los estudios de género han demostrado cómo la construcción de la masculinidad tradicional responde a un proceso de diferenciación que busca perpetuar la dominación de los hombres sobre otros grupos sociales. En este sentido, la elección de ciertos alimentos no es aleatoria, sino que responde a una lógica de distinción y jerarquía. La carne, históricamente un recurso escaso y altamente valorado, ha funcionado como un marcador de estatus y masculinidad, reforzando la idea de que los hombres deben consumirla en mayor cantidad para demostrar su fuerza y vitalidad.

Profundizando en estas dinámicas, Pohlmann (2014) introduce el concepto de “sobrecompensación masculina” para describir cómo ciertos hombres incrementan su consumo de carne, especialmente carne roja, cuando perciben que su identidad de género se encuentra amenazada. Este aumento actúa como un mecanismo simbólico mediante el cual se busca restaurar la masculinidad cuestionada, recurriendo a alimentos culturalmente codificados como viriles. Así, la carne no solo representa nutrición, sino también una respuesta frente a la vulnerabilidad simbólica. La elección de carne frente a otros alimentos considerados “femeninos”, como las verduras o el pescado, evidencia cómo las normas de género siguen modelando el comportamiento alimentario masculino, reproduciendo la presión por ajustarse a representaciones hegemónicas de lo que significa “ser hombre”.

Por otro lado, el informe de Promundo *La caja de la masculinidad* (Heilman, Barker y Harrison, 2017) revela que las normas de género siguen condicionando las percepciones sobre los hábitos alimentarios de los hombres jóvenes en países como Estados Unidos, el Reino Unido y México. En este estudio, se evidencia que la presión social para encajar en el ideal de la masculinidad tradicional sigue siendo fuerte, lo que se traduce en prácticas como el rechazo a dietas percibidas como “femeninas” y la reafirmación de estereotipos que vinculan el consumo de carne con el vigor y la fuerza.

La relación entre masculinidad y carne aparece de forma recurrente como objeto de debate en el ámbito público y político. Pontrandolfo (2022), en su artículo *La carne en el ojo del huracán*, analiza la polémica generada en torno a la campaña #MenosCarneMásVida, promovida por el Ministerio de Consumo de España. En su estudio, Pontrandolfo observa cómo la reacción ante esta campaña se tradujo en una reafirmación identitaria masculina, donde el consumo de carne fue defendido como un pilar de la masculinidad tradicional. La resistencia a reducir el consumo de carne no solo respondió a cuestiones alimentarias, sino que estuvo cargada de discursos de género que polarizaron el debate y evidenciaron la persistencia de una masculinidad defensiva frente a los cambios socioculturales.

La masculinidad ortodoxa ha estado históricamente vinculada al consumo de carne como una práctica que reafirma el estatus y la identidad masculina. A través de diferentes estudios, se evidencia que este vínculo responde a un entramado de normas sociales y culturales que siguen vigentes en la actualidad. Sin embargo, el auge de nuevas masculinidades y la creciente conciencia ecológica han generado tensiones en torno a este tema, lo que lleva a cuestionamientos y transformaciones en la relación entre género y alimentación.

La “referencia ausente”. La carne y la cosificación del cuerpo femenino.

El concepto de “referencia ausente”, desarrollado por Carol J. Adams en su obra *La política sexual de la carne* (2016), describe el mecanismo mediante el cual el animal que provee la carne desaparece simbólicamente en el proceso de consumo, facilitando su cosificación y permitiendo que su muerte quede oculta en la narrativa alimentaria. Este proceso, según Adams, ocurre en tres niveles:

- *Ausencia literal*: El animal ya no está presente físicamente porque ha sido sacrificado y transformado en un producto alimenticio.
- *Ausencia definitoria*: Se utilizan términos gastronómicos como “chuleta” o “hamburguesa” en lugar de los nombres de los animales, lo que oculta su identidad y agencia.
- *Ausencia metafórica*: La carne se convierte en un símbolo de dominación y opresión, lo que refuerza patrones de violencia hacia otros grupos oprimidos, como las mujeres y otros colectivos marginados.

La “referencia ausente” no solo es un concepto que ayuda a entender la desconexión entre el consumo de carne y la violencia que lo hace posible, sino que también ha sido adoptado en estudios feministas para analizar la cosificación de la mujer en sociedades patriarcales. Adams establece un paralelismo entre la invisibilización de la violencia hacia los animales y la forma en que las mujeres han sido tradicionalmente reducidas a cuerpos disponibles para el consumo, ya sea en términos sexuales, reproductivos o como fuerza de trabajo. De esta manera, la opresión de los animales y de las mujeres comparten mecanismos culturales y discursivos que refuerzan estructuras de poder y dominación (Adams, 2016).

En su último libro *La pornografía de la carne*, Adams profundiza en el concepto aplicándolo a la cultura visual y mediática. Los cuerpos de animales y mujeres son sexualizados al fragmentarlos y

convertirlos en objetos de consumo, las imágenes pornográficas o los anuncios que presentan a las mujeres como carne, borra su humanidad, su identidad individual y su agencia. Los cuerpos de animales y mujeres son sistemáticamente ocultados en el acto de su consumo, especialmente en contextos mediáticos y publicitarios, el objetivo es revelar cómo este ocultamiento sustenta tanto el patriarcado como la explotación de los animales, naturalizando la violencia simbólica y material (Adams, 2024). Puede establecerse una analogía entre una sala de despiece en la industria cárnica y la cosificación del cuerpo femenino, a través de la concepción de este como un objeto fragmentable, dividido en partes autónomas del ser completo: una pierna, un muslo, un trasero o una pechuga. Del mismo modo en que estos cortes pueden ser adquiridos en una carnicería y consumidos en un restaurante, el cuerpo de la mujer es objeto de consumo simbólico y material mediante la publicidad, la pornografía, el maltrato o la prostitución.

La cosificación del cuerpo femenino y su relación con la carne ha sido tratada en numerosos ámbitos, los estudios de género, la literatura feminista, el teatro o el cine, son muestra de ello. Una de las manifestaciones más claras de esta relación es el uso de metáforas alimentarias para referirse a las mujeres, como cuando se utilizan expresiones como "carne fresca" o "está para comérsela", lo que refuerza la idea de que sus cuerpos son objetos de consumo. Un ejemplo es la película *Carne* del cineasta argentino Armando Bo, en ella establece un paralelismo explícito entre la carne animal y el cuerpo femenino, especialmente en las escenas que tienen lugar en un matadero. En este contexto, el film no solo muestra cómo las mujeres son reducidas a su materialidad corporal, sino que también pone de manifiesto la violencia estructural que sufren, pudiendo sugerir que la explotación de los animales y la de las mujeres forman parte de un mismo sistema de dominación patriarcal (Bo, 1968).

En el contexto teológico de la doctrina cristiana, la metáfora de la carne en relación al cuerpo no es nueva. En el trabajo de Schüssler, la alusión a "una sola carne" del Génesis 2:24, que describe la fusión en un solo cuerpo de la unión marital entre el hombre y la mujer, es interpretada desde la óptica de la autora. El concepto metafórico del cuerpo y la carne sirve para justificar la subordinación de la mujer en el contexto socio-patriarcal. Se trata de una forma de institucionalización para sometimiento y la dependencia de la mujer al considerarla, complemento o parte del hombre y no como un sujeto autónomo (Schüssler, 1994).

En el contexto literario, las relaciones entre el cuerpo de la mujer y la carne, han sido exploradas por autoras como Margaret Atwood y Han Kang. Estas autoras utilizan el simbolismo alimentario y la ingesta de carne para denunciar y criticar la opresión de las mujeres en las sociedades patriarcales. Atwood cuenta con diferentes obras en las que trata esta temática, *El cuento de la criada*, publicado en 1985, trata sobre una sociedad distópica en la que impera un régimen teocrático y patriarcal, que controla el derecho reproductivo de las mujeres (Atwood 2024). En *La mujer comestible*, publicado en 1969, la autora narra la historia de una mujer que empieza a desarrollar un rechazo a comer carne como símbolo de su resistencia a ser "ingerida" por un sistema que la reduce a un objeto, cuya máxima finalidad es tener hijos (Atwood 2003). Meklash realiza un análisis detallado de esta obra concluyendo que la autora utiliza la aversión de la protagonista hacia la carne, como una herramienta que explora las dinámicas de poder y desigualdad entre géneros y la violencia simbólica que generan esas estructuras (Meklash 2024).

También Han Kang, la autora premiada con el Nobel de literatura en 2024 se adentra en la temática del consumo de carne, como símbolo que proyecta las costumbres, tradiciones, relaciones de género, trastornos mentales o de la alimentación, en una sociedad, en este caso la surcoreana (Kang 2017). En la novela, la protagonista busca escapar de la violencia simbólica y material a través de su transformación en vegetal, desafiando una lógica patriarcal opresora. La novela cuestiona y critica la relación entre la alimentación, el género y el control social (Barros B. y Villazón J. 2023).

Tanto los anteriores ejemplos como el concepto de "referencia ausente" de Adams son muy útiles para entender cómo la violencia y la opresión se ocultan en el lenguaje y en la cultura, tanto en el consumo de carne como en la cosificación del cuerpo femenino. A través del cine, la literatura o los estudios de género, se puede comprobar que la analogía entre carne y cuerpo femenino no es solo una construcción simbólica, sino un mecanismo cultural que perpetúa los sistemas patriarcales de desigualdad, explotación y dominación.

El "triángulo culinario" (Lévi-Strauss)

Claude Lévi-Strauss (1968) introduce el concepto del "triángulo culinario" como una herramienta para comprender cómo las culturas estructuran las prácticas alimentarias a través de tres categorías fundamentales: lo crudo, lo cocido y lo podrido. Estas categorías representan diferentes etapas de transformación cultural de los alimentos y están profundamente asociadas con simbolismos de género y estructuras sociales.

- *Lo crudo*: Representa el estado natural y no transformado de los alimentos. Simbólicamente, lo crudo está relacionado con la naturaleza y lo primitivo, evocando imágenes de lo salvaje y, en algunos casos, lo masculino en su estado más básico. En su análisis, Lévi-Strauss señala que lo crudo pertenece a un ámbito no mediado por la cultura, razón por la cual ha sido tradicionalmente asociado con la vitalidad y la fuerza (Lévi-Strauss, 2021). Este concepto sigue vigente en discursos contemporáneos sobre la alimentación y la masculinidad, donde el consumo de carne cruda o poco cocida es promovido como una reafirmación de la virilidad (Sumpter, 2015).
- *Lo cocido*: Es el resultado de un proceso cultural que implica el uso del fuego y de técnicas culinarias. Para Lévi-Strauss, lo cocido es un indicador de civilización y está más vinculado a la cultura. Dentro de esta categoría, la preparación de carne a la brasa o en barbacoa se asocia con lo masculino debido a su carácter público y su vinculación con el fuego, mientras que lo hervido se identifica con lo femenino por su conexión con el ámbito privado y doméstico (Lévi-Strauss, 1968). Esta división sigue presente en la actualidad, como lo demuestra el análisis de Screti (2019) sobre los anuncios de carne en Suiza, donde la publicidad refuerza estereotipos de género al presentar la barbacoa como una actividad netamente masculina, vinculada con la rudeza y la dominación.
- *Lo podrido*: Representa la descomposición y el regreso a un estado natural degradado. Aunque menos explorado en términos de género, puede reflejar ideas de pérdida de control o decadencia cultural. La relación entre lo podrido y el miedo a la pérdida de virilidad es un elemento simbólico que aún persiste en algunas representaciones sociales de la masculinidad en relación con la alimentación. Según Cisneros, lo podrido, no solo refleja estructuras simbólicas, sino que también influye en prácticas alimentarias reales, reforzando, desigualdades de género, la división del trabajo y las representaciones de masculinidad y feminidad (Cisneros 2021).

El "triángulo culinario" no solo categoriza técnicas culinarias, sino que también ofrece una lente para analizar cómo las sociedades construyen significados culturales en torno a la alimentación. Por ejemplo, en contextos contemporáneos, el asado en barbacoas sigue siendo un acto altamente masculinizado, mientras que los guisos y sopas, asociados con lo hervido, permanecen vinculados al trabajo doméstico femenino (Kemmer, 2000).

Otro aspecto relevante en la distribución de roles culinarios es la diferencia en la percepción del acto de cocinar dependiendo del género. Mientras que la cocina diaria sigue recayendo mayoritariamente en las mujeres como una responsabilidad doméstica (Kemmer, 2000), la cocina masculina suele presentarse como un acto de ocio o creatividad, reforzando la noción de privilegio masculino en el ámbito doméstico. Szabo (2012) examina cómo la cocina masculina tiende a ser vista como una actividad recreativa más que como una obligación cotidiana, mientras que la preparación de alimentos realizada por mujeres continúa asociándose con el trabajo y el cuidado del hogar.

El vínculo entre la masculinidad y la alimentación también se extiende al consumo de carne. Como señala Sumpter (2015), la carne roja ha sido históricamente un símbolo de fuerza, dominio y fuente de vigor. Esta asociación ha llevado a que los hombres que optan por dietas vegetarianas o veganas sean percibidos como menos masculinos, lo que refuerza la idea de que ciertos alimentos están culturalmente codificados como "masculinos" o "femeninos".

En este sentido, el "triángulo culinario" sigue siendo una herramienta útil para comprender cómo estas distinciones de género operan en la sociedad contemporánea. Por ejemplo, el estudio de Cisneros (2021) recurriendo a la obra de Lévi-Strauss analiza cómo las categorías de lo crudo, lo cocido y lo podrido

no solo reflejan una estructura simbólica, sino que también influyen en prácticas alimentarias reales, reforzando desigualdades de género en la división del trabajo culinario y en las representaciones de la masculinidad y la feminidad en la comida. El concepto del "triángulo culinario" sigue siendo relevante para analizar las relaciones entre alimentación, género y cultura. Aunque desarrollado en un contexto estructuralista, sus categorías han demostrado ser útiles para interpretar prácticas alimentarias contemporáneas y su impacto en la construcción de la masculinidad y la feminidad. La integración de estudios actuales permite ampliar su aplicación, mostrando cómo las jerarquías de género se reflejan no solo en qué se come, sino también en quién cocina y cómo lo hace.

Este marco teórico abre la puerta para analizar cómo estas categorizaciones están siendo desafiadas por tendencias actuales, como los nuevos hábitos de alimentación, la redefinición de los roles de género en la cocina, las nuevas percepciones de la masculinidad y la creciente visibilización del impacto ambiental del consumo de carne.

Desarrollo

El presente artículo se enmarca en una investigación más amplia sobre los valores y significados socioculturales de la carne en el siglo XXI. El análisis que aquí se presenta se nutre de una revisión bibliográfica continuada, complementada por una experiencia prolongada de observación en contextos relacionados con la producción y el consumo de carne. Este recorrido, junto con una trayectoria profesional vinculada al ámbito culinario, configura el aporte metodológico específico de este trabajo y permite una aproximación situada a las representaciones y prácticas alimentarias contemporáneas.

Desde esta perspectiva, teóricamente fundamentada pero también atenta a las formas en que lo alimentario se articula con el género en la vida social, se propone una lectura crítica de la carne como marcador de identidad, jerarquía y masculinidad.

Relación histórica. La carne y lo masculino

La relación entre masculinidad y consumo de carne tiene raíces profundas en la historia de la humanidad, reflejando estructuras de poder, jerarquías de género y construcción de identidades sociales. Desde las sociedades cazadoras-recolectoras hasta las economías industriales contemporáneas, la carne ha sido más que un alimento: ha funcionado como un símbolo de fuerza, dominio y estatus (Fischler, 1995).

En muchos grupos humanos, la caza de animales ha sido una actividad primordialmente masculina, lo que ha consolidado la asociación entre la obtención de carne y el ejercicio del poder. Godelier estudia el caso de los Baruya de Nueva Guinea, donde la distribución de la carne está regulada por un sistema de jerarquías en el que los hombres controlan el acceso a los recursos cárnicos. En este contexto, la carne es un bien altamente valorado que refuerza la autoridad de los hombres sobre las mujeres, quienes reciben las partes menos apreciadas del animal:

“Cuando se abre el horno en el que se cocina, el hombre distribuye la carne y las mujeres reciben los peores trozos, los intestinos y la lengua. Mientras que los hombres se dividen los trozos del hígado cocinado que consideran el origen de vida y de fuerza del animal” (Godelier, 1982).

Este patrón no es exclusivo de los Baruya, sino que se encuentra en múltiples culturas donde el consumo de carne ha sido históricamente un privilegio masculino. En el contexto de las sociedades tradicionales europeas, la carne ha jugado un papel en la diferenciación de clase y género. Mientras que las clases altas y adineradas han tenido acceso regular a carnes de caza y a los banquetes opulentos, los estratos sociales más bajos han basado su alimentación en legumbres, cereales y productos de origen vegetal. Además, el consumo de ciertos tipos de carne, como la de ternera o cerdo, se convirtió en un símbolo de poder y vigor, reforzando la idea de que la ingesta de carne era un marcador de superioridad social y física (Entrena, 2008; Bourdieu, 2014).

Las representaciones culturales han sido clave en la construcción de la relación entre masculinidad y carne. La idea de que los hombres "necesitan" carne para ser fuertes y saludables ha sido un discurso recurrente en la historia. En el siglo XIX, con el auge de la industrialización y el desarrollo de los primeros

estudios sobre nutrición, se promovió la idea de que la carne era esencial para el rendimiento físico y la capacidad de trabajo, reforzando su asociación con la masculinidad (Nungesser y Winter, 2024).

En las sociedades occidentales contemporáneas, este vínculo ha persistido a través de la publicidad y los medios de comunicación. Screti (2019) analiza la representación de la masculinidad en anuncios suizos contemporáneos de carne, donde los hombres aparecen como dominadores del fuego y la parrilla, reforzando la idea de que la carne y la cocina al aire libre son prácticas inherentemente masculinas. Este tipo de narrativas refuerzan la idea de que los hombres deben consumir carne para reafirmar su identidad, mientras que las dietas basadas en vegetales son percibidas como opciones menos viriles o incluso "femeninas".

Cocinar carne: Un acto de poder masculino

Otro aspecto clave en la relación entre masculinidad y carne es la cocción y preparación de los alimentos. Lévi-Strauss (1968), a través del triángulo culinario, establece una distinción simbólica entre lo crudo, lo cocido y lo podrido, destacando que el asado ha sido históricamente una práctica masculina asociada con la fuerza y la destreza. En contraste, los métodos de cocción como el hervido, vinculados al espacio doméstico y al cuidado, han sido considerados femeninos.

Durante el trabajo de campo, se recogieron observaciones en diferentes entornos gastronómicos que ilustran cómo estas asociaciones simbólicas persisten. En uno de ellos, un restaurante especializado en carne a la parrilla, se evidencian con claridad las dinámicas de género ligadas al espacio de la cocina:

“Armando regenta un restaurante asador junto a su mujer Herminda, el local funciona bastante bien, es de esos en los que apetece parar porque se ven muchos camiones en el aparcamiento. Se han especializado en carne procedente de los montes y ganaderías de la zona, hecha a las brasas. En el asador Armando tiene un papel visible y presente de cara a los clientes, es el encargado de la parrilla y maneja las dos grandes rejillas de acero empotradas en uno de los muros, que linda con la cocina interna del local. La recepción de las personas que entran en el local la realiza el metre o el camarero encargado de acomodar a los clientes en ese momento. Para entrar en el salón los clientes tienen que pasar por delante de la parrilla que maneja Armando y es habitual al pasar, tanto si se le conoce o no y si no está muy atareado en ese instante atendiendo pedidos, que la gente se pare un rato a charlar con él [...]

«Aquí me tienes donde se maneja el material delicado... Esta es de buey de allí de Labrada». Comenta Armando sonriendo mientras les da la vuelta a dos chuletones tan grandes como un bolso de mano, en el momento en el que me acerco a saludarle.

¿Dónde está Herminda?, pregunto.

«Ahí la tienes en la cocina manejando el cotarro, creo que está terminando de hacer los callos, ahora la llamo» (observación de trabajo de campo, agosto de 2022).

Esta escena cotidiana visibiliza la división simbólica entre esferas públicas y privadas destinadas a ser vividas por la condición de género. Los callos que cocina Herminda forman parte de lo hervido, correspondiente a lo que Lévi-Strauss (1968) denomina “endo-cocina”, reservada al ámbito doméstico y femenino, mientras que Armando ejerce su rol en la “exo-cocina”, asociada a la visibilidad, el fuego y la auto-ridad. Como han señalado Szabo (2012), Valeria Campos (2020) y Kramer (2000), esta división del trabajo culinario se articula con estructuras simbólicas persistentes sobre el prestigio, la masculinidad y la autoría en la cocina.

En este sentido, aunque las mujeres han sido tradicionalmente responsables de la cocina cotidiana, los espacios culinarios de prestigio, como los restaurantes de alta cocina o asadores, han sido dominados por hombres. Szabo (2012) señala que, en muchos casos, la cocina masculina es vista como una actividad recreativa o creativa, mientras que la cocina femenina sigue siendo percibida como una tarea doméstica. Esta diferencia refuerza la dicotomía en la que el acto de cocinar carne en público (barbacoas, asados) se asocia con la masculinidad, mientras que la cocina privada sigue estando feminizada.

La conexión entre masculinidad y carne tiene una base histórica y cultural profunda, reflejada en la distribución del alimento, su simbolismo y las prácticas culinarias asociadas. Desde las sociedades

tradicionales hasta la modernidad, el consumo de carne ha sido utilizado como un marcador de poder y virilidad. Sin embargo, con el auge de nuevas masculinidades y cambios en los hábitos alimentarios, esta relación está comenzando a ser cuestionada, abriendo el debate sobre la redefinición de los roles de género en la alimentación.

Tendencias contemporáneas

En las últimas décadas, el vínculo tradicional entre masculinidad y consumo de carne ha comenzado a ser cuestionado por una serie de cambios socioculturales. La emergencia de nuevas masculinidades ha provocado que el consumo de carne haya comenzado a ser debatido desde una perspectiva de género. Las nuevas masculinidades buscan redefinir el papel de los hombres en la sociedad, promoviendo valores como el cuidado, la empatía y la sostenibilidad, en oposición a la idea tradicional de masculinidad basada en la dominación y el consumo excesivo de carne (Sumpter, 2015).

Este cambio se refleja en el crecimiento del número de hombres que optan por dietas basadas en plantas, desafiando la idea de que la carne es esencial para la vitalidad masculina. Figuras públicas y deportistas han contribuido a legitimar esta transformación, demostrando que la fuerza y la resistencia no dependen exclusivamente del consumo de carne. Sin embargo, esta transición no ha estado exenta de resistencia, ya que persisten discursos que asocian la dieta vegana con la feminidad y la debilidad (Maccinis y Hodson, 2017).

Velzeboer et al. (2024) realizan un trabajo de revisión examinando más de 60 estudios académicos para identificar patrones de relación entre la masculinidad, los consumos de carne y las dietas que han eliminado la proteína animal. En el texto, los autores confirman que en la mayoría de culturas occidentales, la carne se asocia con los valores tradicionales masculinos de la fuerza, el control, el poder y el vigor. Se percibe también que la carne puede actuar como un mecanismo que refuerza la identidad masculina y evitar alimentarse a través de la carne amenaza esa identidad. Los hombres con una identidad de género frágil o amenazada pueden compensarla comiendo más carne, a través del fenómeno llamado “sobrecompensación masculina”, término ya revisado por autores como Pohlmann (2014). El entorno masculino se ve influenciado por las representaciones “clásicas” de la masculinidad que llevan al hombre a sentirse presionado para ajustarse a los cánones de género establecidos.

Algunos hombres que eliminan la carne de sus dietas son percibidos como menos masculinos, aunque cada vez más lo resignifican desde una nueva masculinidad, promoviendo la equidad de género, el cuidado, la empatía o la sensibilidad ecológica (Velzeboer et al. 2024). Los autores señalan que la intersección entre el género y la alimentación es importante para entender y mejorar los patrones alimentarios actuales. Promover las masculinidades alternativas, puede ser un camino efectivo para fomentar las dietas saludables, más sostenibles con el medio ambiente y eliminar los refuerzos de los estereotipos de género dañinos, para una sociedad igualitaria.

La organización sin fines de lucro dedicada a la investigación sensorial de proteínas alternativas NECTAR (2025), presenta los hallazgos de un estudio en el que se evalúan 122 productos análogos cárnicos en una cata a ciegas a casi 2.700 personas. Se trata de una prueba de sabor a productos que “imitan” a la carne, pero que no contienen proteína animal y los compara con productos equivalentes de carne animal. Los datos del estudio son sorprendentes, ya que, aunque la carne animal obtuvo puntuaciones más altas, 20 productos de origen vegetal fueron calificados como iguales o superiores, por al menos el 50 % de los participantes. Esto quiere decir que se está mejorando en la tecnificación y en el desarrollo de las cualidades organolépticas de estos productos. Aunque los autores advierten que la industria de los análogos cárnicos, aborda también barreras culturales y psicológicas que afectan a la percepción del consumidor. Las normas sociales, el género o los sesgos de familiaridad pueden generar cierto escepticismo hacia productos nuevos.

El trabajo de NECTAR (2025) evidencia que muchas personas no pueden distinguir entre carne animal y sus análogos vegetales cuando no conocen el origen. Esto puede llegar a cuestionar la superioridad simbólica de la carne real, que durante siglos ha sido emblema de poder, estatus y virilidad, que son valores centrales de la masculinidad ortodoxa. Esto podría desafiar el concepto de que la dieta basada en proteína vegetal es menos masculina mostrando la posibilidad de que los hombres con nuevas formas de masculinidad adopten estas dietas, sin sentir que comprometen su identidad. El incremento en la aceptación de estos alimentos y la validación de su calidad y su sabor en pruebas objetivas pueden

facilitar que algunos hombres se “salten el guion” de la masculinidad normativa relacionada con el consumo de carne y sin perder la aceptación social, se vinculen a las nuevas masculinidades alimentarias. Cuestionando normas impuestas, asumiendo responsabilidades éticas y medioambientales y promoviendo formas de “ser hombre” más diversas, cuidadosas y sostenibles.

A esta transformación contribuye también el desarrollo de carne cultivada en laboratorio, una innovación tecnológica que plantea nuevos escenarios para los movimientos veganos, vegetarianos y para las masculinidades en transición. Estudios recientes señalan que, aunque la carne cultivada representa una solución efectiva para reducir el sufrimiento animal, su aceptación no es homogénea. Según Alvaro (2019), algunos sectores del veganismo la rechazan por considerar que, aunque no implique matanza directa, reproduce un modelo cultural de dependencia simbólica hacia el producto animal, lo que entra en tensión con los valores éticos más radicales del movimiento.

Sin embargo, más allá de los debates éticos, existen también aproximaciones empíricas que exploran cómo esta innovación es recibida entre distintos perfiles dietéticos. El estudio de Demartini et al. (2024), realizado en Italia, muestra que la disposición a aceptar carne cultivada varía significativamente entre estilos alimentarios. Aunque vegetarianos y veganos valoran sus beneficios ambientales, tienden a mostrarse más reticentes a consumirla que los omnívoros o flexitarianos, debido a preocupaciones relacionadas con la naturalidad del producto y la percepción de que sigue implicando una forma de explotación animal. Estos datos evidencian que la transición alimentaria no puede entenderse únicamente como un avance técnico, sino que está profundamente atravesada por imaginarios culturales, éticos y simbólicos, en los que el género juega un papel clave.

Discursos ecológicos

El impacto ambiental de la industria cárnica es un factor fundamental para el replanteamiento de la sostenibilidad de sus actividades de cara al futuro. Las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) de los sistemas agroalimentarios aumentan año tras año, el ganado es el responsable de aproximadamente 54 % de las emisiones (FAO, 2024). Los alimentos de origen animal, especialmente de la carne roja y los productos lácteos están asociados durante su producción, a las emisiones más altas de GEI. Debido a factores como el uso de fertilizantes, la eliminación de la vegetación para pastos y el metano producido por el ganado (PNUMA, 2023).

En España, un informe de Greenpeace destaca que la ganadería es la responsable del 62% de las emisiones directas de gas metano. El informe concluye que es necesario un cambio profundo en la producción y consumo de los alimentos de origen animal en los países de renta alta y media, esto podría proporcionar un efecto de enfriamiento significativo para el año 2050 (Greenpeace, 2024). La producción de ganado es responsable de una parte significativa de las emisiones, la deforestación o el agotamiento de los recursos hídricos, llevando a que movimientos ecológicos y activistas alimentarios promuevan la reducción del consumo de carne como una estrategia de mitigación del cambio climático.

El proyecto LEAP dependiente de la Universidad de Oxford trata de medir el impacto ambiental que tienen las dietas con bajo o nulo contenido en proteína animal. Una dieta con bajo consumo de carne, puede reducir hasta un 30 %, en comparación a las que tienen un consumo habitual de carne. Las dietas con poco o nada contenido de carne pueden reducir el impacto ambiental hasta un 66 % (LEAP, 2024).

La situación medioambiental recuerda al análisis realizado por Rappaport en su obra, *Cerdos para los antepasados* (1987), donde documenta cómo el pueblo Tsembaga Maring (Nueva Guinea) regula ecológicamente su entorno mediante el ritual del *Kaiko*. Este ritual, basado en el sacrificio cíclico de cerdos, permite evitar la sobreexplotación de los recursos naturales, reducir la presión sobre las mujeres encargadas de su cría y restablecer el equilibrio del ecosistema mediante una práctica cultural profundamente enraizada. Rappaport interpreta el *Kaiko* no solo como una ceremonia espiritual, sino como un mecanismo sistémico de autorregulación ecológica que mantiene la sostenibilidad de la comunidad a lo largo del tiempo.

Del mismo modo que el *Kaiko* operaba como una estrategia de control poblacional de los recursos ganaderos en la sociedad tsembaga, hoy se hace evidente la necesidad de establecer nuevas formas de regulación ecológica sobre la industria cárnica. Estas formas deben responder no solo al deterioro ambiental actual, sino también a la urgencia de transformar cultural y estructuralmente la relación entre el ser humano, la carne y el planeta.

Análisis interseccional. Clase, etnicidad y género en el consumo de carne

El consumo de carne varía según la clase social y la etnicidad. En las sociedades contemporáneas industrializadas, las dietas basadas en carne han sido más accesibles para las clases trabajadoras debido a la producción masiva y el abaratamiento de costes. Sin embargo, la carne de mayor calidad sigue siendo un bien asociado a las élites con mayor capacidad económica, mientras que las clases más bajas suelen consumir productos cárnicos altamente procesados. Por lo tanto, el capital económico puede ser un tipo de distinción social, aunque también lo puede ser el capital cultural y simbólico (Bourdieu, 1998). Así comer carne o rechazarla en el caso de productos éticamente elegidos, es también una forma de *distinción social*.

Einhorn (2021) argumenta que el consumo de carne está profundamente influenciado por la clase social. En un contexto contemporáneo las clases sociales con mayor poder adquisitivo tienden a tener una mayor capacidad para modificar sus hábitos de alimentación, incluyendo la eliminación o la reducción del consumo de carne. La autora lo relaciona con unos recursos económicos y educativos superiores a la media. Por otro lado, las clases sociales más desfavorecidas económicamente tienen mayores dificultades para adoptar dietas alternativas, lo que muestra desigualdades a nivel social y material.

En su trabajo de investigación socioeconómica, Klink et al. (2022) muestran como el nivel educativo influye en la frecuencia del consumo de alimentos de origen animal. Los autores destacan en sus resultados que las personas con un mayor nivel educativo, consumen carne con menos frecuencia y adoptan hábitos ecológicamente más sostenibles y conscientes para el cuidado y la mejora de la salud.

La etnicidad y el género son factores que influyen claramente en los consumos de carne. En *Ethnic differences in attitudes, beliefs, and patterns of meat consumption among American young women meat eaters*, se realiza un estudio transversal en la ciudad de Nueva York para conocer los hábitos de consumo de carne entre mujeres jóvenes de diferentes grupos étnicos: mujeres negras, asiáticas, orientales, blancas e hispanas, mostrando que las mujeres negras tenían un consumo anual más alto que el de orientales o mujeres blancas. En este trabajo se comprueba que más de la mitad de las mujeres participantes expresan su clara intención de reducir el consumo de carne en un futuro cercano (Choi y Lee 2023). En otro estudio realizado en Reino Unido, Coker et al. (2024) encuestan a más de 1000 individuos de diferentes grupos étnicos: blancos, surasiáticos y personas negras. Concluyendo que los participantes surasiáticos consumían significativamente menos cantidad de carne que el resto de personas de los diferentes grupos étnicos que intervienen en el estudio. Por otro lado, los participantes surasiáticos y las personas negras que colaboraron en el estudio mostraron mayor grado de influencia de las normas sociales y familiares en sus elecciones alimentarias. Según los autores, la adaptación cultural al contexto social occidental, influye a la hora de reducir los consumos de carne.

Estas diferencias no solo responden a variables culturales o contextuales, sino que también se inscriben en una dimensión simbólica de la alimentación, donde el género, la etnicidad y los hábitos alimentarios han sido históricamente utilizados como herramientas de estigmatización y control. En este sentido, conviene destacar cómo determinadas expresiones y estereotipos han operado como mecanismos de exclusión o burla entre grupos sociales, reproduciendo lógicas de superioridad. Es el caso de descalificaciones como “Soy boy” o “comedor de arroz”, que tienen su origen en el contexto colonial británico y que, aún hoy, circulan en redes sociales para referirse de forma peyorativa a hombres asiáticos, tildándolos de poco masculinos o afeminados por su bajo consumo de carne, según los códigos de la masculinidad ortodoxa (Gamber y Linné, 2018).

El consumo de carne es un acto compuesto por dinámicas de poder que reflejan y refuerzan, jerarquías sociales, étnicas y de género. Atender y analizar estas intersecciones nos ayuda a cuestionar los discursos normativos sobre alimentación y dar luz a las desigualdades de las estructuras que los sostienen.

Discusión y Resistencia carnívora

La relación entre masculinidad y consumo de carne no puede entenderse únicamente desde un plano nutricional o funcional. Como se ha sustentado a lo largo del trabajo, el acto de comer carne implica una carga simbólica que reproduce estructuras sociales jerárquicas, refuerza el poder de ciertos grupos y sostiene imaginarios profundamente arraigados en torno al género. La carne no solo alimenta el cuerpo, sino también un modelo de masculinidad ortodoxa, que se articula en torno a la fuerza, la autosuficiencia y la dominación (Téllez y Verdú, 2011; Sumpter, 2015).

Una de las formas más evidentes de resistencia ante la transformación de los modelos alimentarios especialmente aquellos que promueven la reducción del consumo de carne se encuentra en los espacios que podríamos denominar como “carnívoros identitarios”, donde la carne no solo alimenta, sino que define y representa. Estos espacios no están únicamente ligados a lo productivo o económico, sino que también son simbólicos, culturales y profundamente emocionales (Gilmore 1994).

En muchos territorios, especialmente en contextos rurales, persisten prácticas que refuerzan una masculinidad ligada a la carne, el fuego y la tradición. La caza, por ejemplo, continúa siendo una actividad predominantemente masculina, transmitida de padres a hijos como parte del aprendizaje de las “capacidades varoniles” (Young wild hunters, 2022). Actividades como desollar, despiezar o rastrear no solo cumplen una función alimentaria, sino que consolidan un marco simbólico en el que se configura, reafirma y reproduce la masculinidad ortodoxa. Estas prácticas siguen formando parte de rituales de iniciación, de comunidad y de poder (Varas y Carrasco, 2021).

En paralelo, y con una estética completamente diferente, pero con significados similares, emerge la figura del “influencer de la carne”. Canales como @Meetandfire o @BdeVikingo popularizan en redes sociales una masculinidad construida desde el dominio del fuego, el manejo de cuchillos de acero japonés, el uso de utensilios rústicos y la cocción de enormes piezas de carne en entornos naturales (BdeVikingo, 2021). Este tipo de contenido, con producción audiovisual profesional, paisajes bucólicos y una narrativa basada en la autosuficiencia y la virilidad, exhibe más que recetas: transmite un estilo de vida que recupera viejos arquetipos masculinos desde una puesta en escena contemporánea.

La resistencia también se articula desde el lenguaje publicitario y las campañas institucionales del sector cárnico. La iniciativa “hazte vaquero” #GanaderosPorUnDía de Provacuno, lanzada en 2022, no solo promueve el consumo de carne, sino que lo hace apelando a un orgullo de clase, de género y de territorio (Provacuno, 2022). Sin embargo, el uso de la imagen femenina fragmentada y convertida en “pieza de carne” ha sido fuertemente criticado por reproducir patrones de cosificación y por activar lo que Carol J. Adams (2016) denomina “referencia ausente”, un mecanismo que normaliza la violencia simbólica tanto hacia los animales como hacia las mujeres. En este sentido, la carne se convierte en un campo de batalla semiótico, donde se disputa no solo lo que comemos, sino también cómo nos representamos y qué valores sociales queremos preservar o transformar.

Estas resistencias son reacciones a un cambio de paradigma. Frente a las nuevas masculinidades que apuestan por el cuidado, la sostenibilidad y la equidad, se refuerzan discursos defensivos que buscan mantener el vínculo entre carne y virilidad, y que perciben la transformación alimentaria como una amenaza directa a un modelo de identidad masculina hegemónica (Love y Sulikowski, 2018). En este marco, los ámbitos carnívoros funcionan como refugio simbólico frente al cuestionamiento de privilegios, jerarquías y formas tradicionales de entender el mundo. Resisten no solo por apego a una dieta, sino por una necesidad de preservar estatus, roles y significados. La carne, por tanto, no solo se mastica: también se defiende, se disputa y se narra.

Si bien las nuevas masculinidades alimentarias han sido valoradas como expresiones de cambio cultural, también han sido objeto de críticas por su posible vínculo con formas de elitismo simbólico. En muchas sociedades contemporáneas, abandonar el consumo de carne no siempre responde a una necesidad material, sino que puede adquirir un valor distintivo, propio de clases medias y altas con mayor acceso a recursos educativos y culturales. En este contexto, el veganismo o el vegetarianismo aparecen como prácticas atravesadas por una lógica posmaterialista, donde el consumo consciente se convierte en un marcador de estatus más que en una transformación estructural (Inglehart, 1991; Thun, 2019).

Desde esta mirada crítica, algunos discursos que promueven dietas alternativas corren el riesgo de invisibilizar las desigualdades sociales al plantear la alimentación como una elección individual libre, cuando en realidad está condicionada por factores como la clase, el territorio o el acceso económico. Así, la masculinidad que se define por el cuidado, la conciencia ecológica o la ética alimentaria podría convertirse, paradójicamente, en una forma renovada de distinción excluyente (Bourdieu, 1998; Hart, 2020), lo que exige repensar estas prácticas no solo como gestos simbólicos, sino también en función de su accesibilidad y potencial transformador real.

Conclusiones

La relación entre el consumo de carne y la construcción de la masculinidad continúa siendo un ensamblaje estructural y simbólico relevante en nuestras sociedades, en el que confluyen dinámicas de género, poder y cultura. A través de este trabajo se ha reconocido que la carne opera no solo como un alimento, sino como un significante cultural que articula jerarquías económicas, sociales o éticas. Esta asociación histórica, profundamente arraigada en la masculinidad ortodoxa, se mantiene vigente en múltiples discursos y prácticas, desde las representaciones publicitarias hasta los rituales cotidianos, como la educación, la caza o las elecciones alimentarias marcadas por el género.

Sin embargo, este vínculo está siendo crecientemente desafiado. Las nuevas masculinidades, en diálogo con los movimientos ecologistas y feministas, están empezando a redefinir la relación entre los varones y la alimentación, promoviendo dietas alternativas que cuestionan la centralidad simbólica de la carne en la identidad masculina. Este proceso no solo está motivado por razones éticas o ideológicas, sino que también se ve favorecido por el desarrollo de alternativas tecnológicas como la carne cultivada o los análogos cárnicos, que abren nuevas posibilidades para conciliar el deseo de cambio con hábitos sensoriales arraigados.

Frente a la pregunta que orientó esta investigación: ¿cómo se articula la relación entre el consumo de carne y la construcción de la masculinidad en los discursos y prácticas contemporáneos?, la respuesta se sitúa en un proceso de transformación en curso. Aunque convive con resistencias culturales y materiales, este cambio apunta hacia una resignificación de lo masculino en clave de cuidado, sostenibilidad y diversidad. La alimentación emerge, así como un espacio estratégico para cuestionar y reformular viejos mandatos de género y al mismo tiempo, proyectar y llevar a cabo futuros más justos y respetuosos con el planeta y sus habitantes.

A partir de este momento, se advierten futuras líneas de trabajo, para profundizar en estudios comparativos que analicen cómo se experimentan y resignifican estas nuevas masculinidades alimentarias en distintos contextos geográficos, generaciones y clases sociales. También resulta pertinente explorar el papel que juegan los discursos mediáticos, las redes sociales y la innovación tecnológica en la difusión de estas transformaciones. Integrar la perspectiva de género con los avances en la industria alimentaria será clave para comprender el alcance real de estos cambios y su potencial para redefinir no solo lo que comemos, sino también quiénes somos.

Bibliografía

- Adams, C. J. (2016). *La política sexual de la carne: una teoría crítica feminista vegetariana*. Madrid. Ochodoscuatro Ediciones.
- Adams, C. J. (2024). *La pornografía de la carne*. Madrid. Ochodoscuatro Ediciones.
- Alvaro, C. (2019). Lab-Grown Meat and Veganism: A Virtue-Oriented Perspective.
- Atwood, Margaret. (2003). *La mujer comestible*. Barcelona. Ediciones B.
- Atwood, Margaret. (2024). *El cuento de la criada*. Barcelona. Debolsillo.
- Barros García, B., & Villazón Busta, J. (2023). Morir en árbol para matar al monstruo. Lo fantástico como resistencia a la violencia y el androcentrismo en La vegetariana de Han Kang. *Brumal. Revista De investigación Sobre Lo Fantástico*, 11(1), 105–125. <https://doi.org/10.5565/rev/brumal.968>
- BdeVikingo, (2021). Mejor carne en el bosque. cocinar al aire libre a lo vikingo. <https://www.youtube.com/watch?v=iDOrxAT5jvw>
- Bo, A. (1968). *Carne*. Sociedad Independiente Filmadora Argentina (SIFA).
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, España: Taurus.
- Bourdieu, P. (2014). *Intelectuales, política y poder*. Madrid. Clave intelectual.
- Campos Salvaterra, V. (2020). Retóricas de la cocina. La culinaria del discurso de Platón a Lévi-Strauss. *Revista CUHSO*, 30(2), 382–404
- Choi SE, Lee KJ. Ethnic differences in attitudes, beliefs, and patterns of meat consumption among American young women meat eaters. *Nutr Res Pract*. 2023 Feb;17(1):73-90. <https://doi.org/10.4162/nrp.2023.17.1.73>
- Cisneros, N. (2021). Cocinar las palabras que quedan. Un análisis de prácticas lingüísticas y culinarias del pueblo Borán. (2021). *Revista PRAXIS*, 84. <https://doi.org/10.15359/praxis.84.4>
- Çoker, E. N., Pechey, R., & Jebb, S. A. (2024). Ethnic differences in meat consumption attitudes, norms and behaviors: A survey of White, South Asian and Black ethnic groups in the UK. *Appetite*, 198, 107359.
- Demartini, E. Et al. (2024). Acceptance of Alternative Meats Among Different Dietarian Styles: An Explorative Analysis in Italy. *Food Quality and Preference*, 113, 105060. <https://doi.org/10.1016/j.foodqual.2023.105060>

- Einhorn, L. (2021). *Meat consumption, classed?* Max Planck Institute for the Study of Societies. https://pure.mpg.de/rest/items/item_3327563/component/file_3390849/content
- Entrena Durán, F. (2008). *Globalización, identidad social y hábitos alimentarios*. Costa Rica: UCR.
- FAO. (2024). *Greenhouse gas emissions from agrifood systems: Global, regional and country trends, 2000–2022*. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. Recuperado de FAOHome
- Fischler, C. (1995). *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona. Anagrama.
- Gambert, I y Linné, T. (2018). *From Rice Eaters to Soy Boys: Race, Gender, and Tropes of 'Plant Food Masculinity'*. SSRN. Recuperado de <https://papers.ssrn.com/>
- Gilmore, D.D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- Godelier, M. (1982). *La producción de Grandes hombres: poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid. Akal.
- Greenpeace. (2024,). *Bajar la temperatura: Echar el freno a la emergencia climática por parte de la industria cárnica y láctea*. Greenpeace Nórdico. https://es.greenpeace.org/es/wp-content/uploads/sites/3/2024/10/informe-superheatersFINAL_pliegos-2.pdf
- Gutmann, M.C. (1998). *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad*. Revista de Estudios de Género. La ventana, Guadalajara, México.
- Hart, J. (2020). A critically reflective approach to veganism: Implications for indigenous rights and Green social work. *Social Alternatives*, 39(3), 29-36.
- Heilman, B., Barker, G. y Harrison, A. (2017). La caja de la masculinidad: un estudio sobre lo que significa ser hombre joven en Estados Unidos, el Reino Unido y México. Washington DC y Londres: Promundo-US y Unilever.
- Inglehart, R. (1991). *El Cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid. CIS.
- Jociles, M. I. (2001) "El estudio sobre las masculinidades" en *Rev. Gaceta de Antropología* No 21. Granada. *Journal of Agricultural and Environmental Ethics*, 32(1), 127–141.
- Kang H. (2017). *La vegetariana*. Madrid. Ed. Rata.
- Klink, D., Schmid, A., & Hartmann, C. (2022). Socioeconomic differences in animal food consumption: Education rather than income makes a difference. *Frontiers in Nutrition*, 9, 993379.
- LEAP – Livestock, Environment and People. (2024). *Modelling the Food System*. University of Oxford. <https://leap.web.ox.ac.uk/research>
- Lévi-Strauss, C. (1968). "El triángulo culinario", Lévi-Strauss. *Estructuralismo y dialéctica*. Buenos Aires. Editorial Paidós. pp 39-57.
- Lévi-Strauss, C. (2021). *Mitológicas I: Lo crudo y lo cocido*. Fondo de Cultura Económica. México. FCE.
- Love, H. J. Sulikowski, D. (Abril de 2018). Of Meat and Men: Sex Differences in Implicit and Explicit Attitudes Toward Meat. *Front Psychol* 20(9).
- Maccinis, C. Hodson, G. (2017). It ain't easy eating greens: Evidence of bias toward vegetarians and vegans from both source and target. *Group Processes & Intergroup Relations*, 20 (6).
- Meklash, N. M. A. (2024). Meat Consumption as a Metaphor: Gender Differences in Margaret Atwood's The Edible Woman. *Arab World English Journal for Translation & Literary Studies* 8 (1), 131-144. DOI: <http://dx.doi.org/10.24093/awejtls/vol8no2.9>
- NECTAR (2025). *Taste of Industry 2025. NECTAR: Sensory analysis of plant-based meats*. Recuperado de <https://www.nectar.org/sensory-research/2025-taste-of-the-industry>
- Nungesser, F., & Winter, M. (2024). *La carne y el cambio social: Perspectivas sociológicas sobre el consumo y la producción de animales*. Nueva Sociedad, (311), 103–124.
- Pohlmann, A. (2014). Threatened at the table: meat consumption, maleness and men's gender identities. Hawaii, EEUU. University of Hawaii at Manoa.
- Pontrandolfo, G. (2022). La carne en el ojo del huracán. Reafirmaciones identitarias masculinas y polarizaciones discursivas de género en la polémica sobre el consumo de carne en España. *Revista de Investigación Lingüística*, 25, 185–214. <https://doi.org/10.6018/rii.523461>
- Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). (2023). *Novel meat and dairy alternatives could help curb climate-harming emissions*. Recuperado de UNEP - UN Environment Programme
- Provacuno. (2022). Hazte Vaquero. #GanaderosPorUnDía. Provacuno. Recuperado de <https://haztevaquero.eu>
- Rappaport, R.A. (1987). *Cerdos para los antepasados. El ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea*. Madrid. Siglo XXI.
- Schüssler Fiorenza, E. (1994). *In memory of her: A feminist theological reconstruction of Christian origins* (10th anniversary ed.). Crossroad.
- Screti, F. (2019). Carne, carbón, y cojones. La representación de la masculinidad en anuncios suizos contemporáneos: el caso de Bell. *Discurso & Sociedad*, 13(4), pp 765-797.

- Sumpter, K. C. (2015). Masculinity and Meat Consumption: An Analysis Through the Theoretical Lens of Hegemonic Masculinity and Alternative Masculinity Theories. *Sociology Compass*, 9(2), pp. 104-114. Recuperado de <https://compass.onlinelibrary.wiley.com/>
- Szabo, M. (2012). Foodwork or Foodplay? Men's Domestic Cooking, Privilege and Leisure. *Sheridan's Institutional Repository*, 47, pp 623-638.
- Téllez, A. y Verdú, A. D. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2, pp. 80-103. Recuperado de <http://www.revistadeantropologia.es/>
- Varas, A. y Carrasco, A. G. (2021). Lo cinegético. Cazar la masculinidad. *HYBRIS. Revista de Filosofía* 12, pp 105-127
- Velzeboer R, et al. (2024). Masculinity, Meat, and Veg*nism: A Scoping Review. *American Journal of Men's Health*. 2024;18(2). doi:10.1177/15579883241247173
- Young wild hunters, (31 agosto 2022). Despiece de corzo y caza con arco con niños. episodio1: campamento redescubriendo la caza. [Youngwildhunters.com](https://www.youngwildhunters.com). Recuperado de <https://www.youngwildhunters.com>

